

Núm. 568

PRECIOS

Domingo, 5 de Diciembre de 1869

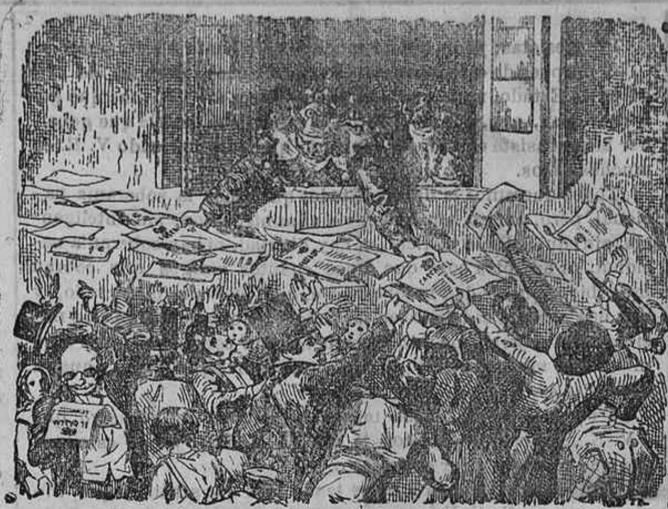
MADRID.

Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

IMPRENTA.

Independencia, 2, bajo, izquierda.



PRECIOS

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia. — Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Celenque, 1, esquina a la del Arenal.

# EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran completamente en el propósito de porérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

## COSAS DEL DIA.

Si yo pudiera escribir este artículo sin hablar de política les digo a Vds. que era completamente feliz.

Pero vaya V. a no hablar de política en un país en que no se habla de otra cosa.

Los españoles debíamos estar ya hartos de partidos que todos son iguales, que mientras están en la oposicion todo se vuelven promesas, y parece que en llegando al poder, vamos todos a nadar en la abundancia y a pasarnos la vida como unos canónigos (cuando les pagaban puntualmente sus asignaciones, que lo que es ahora no hay nada peor que ser canónigo, como no sea ser cura párroco de algun pueblo pequeño); y cuando á fuerza de hablar de patriotismo y moralidad y economías llegan á cojer la sartén por el mango, lo hacen tan mal como los caídos, por no decir peor.

Pero como á pesar de tantos desengaños mis compatriotas siguen erre que erre, cada vez mas atacados de la politico-mania, yo no tengo mas remedio que servirles una ración, siquiera sea pequeña, de esa comida tan de su gusto.

Pues señor, los republicanos han entrado en el Congreso y la Igualdad ha salido, tan fuerte y tan valiente, que bien pudiéramos decir que se ha echado á la calle.

El forzado mutismo de nuestro colega no ha embargado su suelta, pues á juzgar por los números que lleva publicados la tiene tan espedita como antes, y no se la muere cuando se trata de decir una fresca al lucero del alba, y de esto trata siempre el diario federalista.

El jueves publicó un artículo poniendo á los progresistas como hoja de perejil, y forzoso es confesar, que si bien en el escrito de nuestro colega habia alguna exajeracion, tambien es cierto que contenia verdades como puños, dichas con el *sans facon* mas republicano del mundo.

Si á esto se limitara dicho periódico, nada tendríamos que decir de él. En estos tiempos cada uno es dueño de escribir lo que le dé la gana, y en el tono que le acomode; pero hemos sentido ver en el periódico republicano una marcada tendencia á excitar nuevamente las pasiones populares, y leer en él frases, que interpretadas por entendimientos poco prudentes y mal preparados, pueden dar lugar á nuevos disgustos.

¡Y cuidado, que ya hemos tenido bastantes bromas, y se nos figura que la mision de la prensa debe ser calmar las pasiones y no exasperarlas!

No eche el colega á mala parte estas observaciones, no inspiradas por ningun género de hostilidad, si no por el espíritu imparcial y conciliador que siempre nos anima.

Y ya que de la Igualdad hablamos, hemos de manifestarle que EL CASCABEL no es periódico de la situacion, como decia nuestro colega al copiar en su número del jueves un párrafo de nuestro último artículo. EL CASCABEL es monárquico, y liberal, pero tiene el disgusto de no estar casi nunca conforme con lo que hacen los señores que nos gobiernan, los cuales, segun las señas, no tienen mucho de liberales, ni de monárquicos. Por lo demás, nuestro periódico vive contento en su tranquila independencia, aplaude lo que le parece bueno, censura lo que cree malo, procura no ofender á nadie, y si acierta, no aspira á mas recompensa que el favor del público, cosa que gracias á Dios, ha logrado, aunque sin merecerlo, desde su primer número.

Pues señor, todo aquello del nuevo partido radical está á punto de acabar como el rosario de la Aurora.

La mayor parte de los periódicos se han cansado ya de oír decir á los demócratas que ellos lo son todo, que sin ellos no se hubiera hecho la revolucion; que la Constitución es suya, que el gobierno no puede marchar sino por sus piés, ni ver sino por sus ojos, ni gobernar sino con sus principios.

Los pobres progresistas han estado tragando saliva unos cuantos días, pero al fin han saltado *la sin hueso* y han dicho que no están dispuestos á dejarse anular por los demócratas.

Entre los diarios que con mas ó menos energia han protestado contra las pretensiones absorbentes de los *cimbrios*, la *Iberia* ha brillado por su ausencia, lo cual no es extraño, pues al periódico de la calle de Valverde, con tal de que la situacion no se des-

barate y no caiga el ministerio, todo le parece que marcha á las mil maravillas.

Y la verdad es que no falta razon á los periódicos que no han querido ó no han podido imitar la mansedumbre de *La Iberia*, porque esto es cuestion de temperamento.

¿Qué son en efecto los *cimbrios*?  
Unos cuantos individuos, (no llegan á dos docenas) que figuraban en el estado mayor del partido republicano, (ó que no figuraban en ninguna parte,) y que han abandonado sus banderas y se han pasado al campo monárquico con armas y bagajes.

Pero ¿qué fuerzas han venido con ellos?  
Ninguna.  
Los soldados que les seguian se han quedado en el ejército republicano, y hoy les designan con los epítetos mas duros que se les ocurren.

Hasta su popularidad debe haber padecido gran detrimento, porque me figuro yo que esos señores no serian populares por su buena cara, (algunos son bastante feos,) sino por las ideas que profesaban, de modo que cuando han variado de ideas, la popularidad debe haberse ido á paseo, ó nosotros no entendemos una palabra de achaque de popularidades.

Todo lo cual quiere decir que esos señores, fuertes en el partido republicano, dejaron de serlo cuando desertaron de sus filas, y á pesar del talento y el mérito personal de algunos de ellos, no hubieran conseguido ni ser diputados, si los progresistas y unionistas no les vótaran.

Son, pues, en la situacion unos verdaderos convidados, que, porque le hicieron gracia al amo de la casa, van á acabar por echarle á la calle para alojarse mas cómodamente.

Y no es posible desconocer que han prestado al país y á la revolucion grandes servicios.

El alcalde popular de Madrid manteniendo en la capital el orden, ha merecido bien de la patria, y los demás... no, los demás no han hecho nada que no pudiera hacer cualquiera, incluso firmar la nómina, que todos se las han administrado de las mas creditas.

Pero tambien es duro que porque el señor Rivero haya sido un buen alcalde, los demócratas se alcen con el santo y la limosna y dejen á los progresistas reducidos á ceros á la izquierda.

Esto viene á ser lo que han dicho los diarios progresistas, á escepcion de la *Iberia* y *El Universal*, y nosotros creemos que no van descaminados.

En la sesion del miércoles se insultó de lo lindo á la señora que fué nuestra reina.

El señor Figuerola, tan destemplado como siempre que habla, pronunció, á propósito de la desaparicion de las alhajas de la Corona, frases de tan mal gusto que no queremos recordarlas.

El diputado carlista D. Cruz Ochoa, puso un enérgico correctivo á las palabras del ministro, y nosotros, aunque tan distantes del señor Ochoa en política, no podemos menos de felicitarle por haber cumplido un deber de español y de caballero.

Si hay motivo para acusar á esa señora, fórmese la acusacion ante tribunal competente y dese contra ella una sentencia, pero en ningun caso tiene nadie el derecho de insultarla, porque eso no se hace ni con los mayores criminales.

## CARTA A D. JUAN.

Muy señor mio y Presidente: No habiendo tenido contestacion á la atenta que tuve el gusto de dirigir á V. E. dias pasados, vuelvo á molestar su atencion por si acaso no recibió aquella y para repetirle lo que en ella le decia que, sobre poco mas ó menos, no era otra cosa sino que V. E. lo está haciendo bastante mal, dicho sea con el decoro debido, que, aunque no hay ahora ley de imprenta que recomiende el decoro, yo hago uso de él en toda ocasion, y sobre todo cuando me dirijo á personajes que están á tal altura en la gubernacion del Estado.

Pero, ¿es verdad que V. E. gobierna el Estado? porque muchas veces lo dudo, al ver el desgobierno que reina desde que V. E. tomó á su cargo esta que llaman difícil y que yo estimo facil tarea, toda vez que para gobernar bien no se necesita otra cosa que inspirarse en la opinion de los pueblos, atender á su prosperidad, facilitándoles todos los medios posibles para ello, y ad-

ministrar económica, honrada y equitativamente la fortuna pública.

Mil veces he oido á V. E. hablar del bien del país, de su deseo de contribuir á ese bien, de los sacrificios que ha hecho V. E. y de lo que ha sufrido por la causa de la libertad.

Entendámonos, señor Excmo., y hablemos clarito, como Dios nos enseña; el bien del país no se hace por el camino por donde V. E. nos lleva no sé adónde; los sacrificios que V. E. ha hecho han dado por resultado que V. E. manda, que es capitán general, que es presidente del Consejo de ministros, que es ministro de la Guerra, que es ministro de Marina, y que vive V. E. en casa magnífica, sin pagar el alquiler; y lo que ha sufrido V. E. por la causa de la libertad no llega á lo que he sufrido yo, pongo por caso, que el año pasado me pude comprar un gabán, y este año, por no poderme comprar otro, he tenido que volverme el del año pasado, cambio que para mí no ha sido tan ventajoso como los de casaca que se acostumbra entre V. EE. los generales del Imperio, digo del Reino, digo de la Regencia, que es lo que tenemos mientras V. EE. no disponen otra cosa.

Digo esto, Excmo. Sr., porque me parece á mí que la posicion que le hemos hecho á V. E. entre todos, merecia ciertamente que V. E., mostrándose agradecido, hiciera algo por nosotros, es decir, por el país, puesto que para eso le hemos puesto á V. E. donde está, y no para que V. E. se dé tono y nos mire así como diciéndonos:—¡Mas merezco!

V. E. debía á mi modo de ver encerrarse en su despacho y ratiocinar de esta manera:

—Pues señor, Juanito, hijo mio, si crees que todo el mundo está tan contento como tú, te llevas chasco. La cosa vá muy mal; unos cuantos progresistas favorecidos te adulan y te dan jabon, pero el país te empieza á enseñar los dientes. Esto no te conviene, hijo mio, porque te van á tener á ti mas consideracion que á tu comadre, aquella señora que tantos años fué reina de España, y á quien tanto quiso España en los primeros tiempos de su reinado?... No; y el mejor día... no lo quiero pensar; te dan el pasaporte para el extranjero con la mayor facilidad del mundo. Conque, mucho ojo, que la vista engaña, y vamos á ver, Juanito, si no te das un disgusto. Lo primero que tienes que hacer es gobernar con formalidad, porque hasta ahora no se ha hecho mas que pasar el tiempo, gastar lo poco que habia y lo mucho que no habia, y hacer calaveradas y dar al país la dedadita de miel de España con honra, Soberanía nacional, Abolicion de todo lo abolible y no abolible, y fusiles en estado de recomposicion para que el pueblo soberano haga el ejercicio y no se olvide de que mandan progresistas; pero parece que el país quiere otra cosa, parece que quiere trabajar y no puede, que quiere orden, y no le tiene, que no quiere clubs y otros excesos, que pide justicia y equidad y andan por las nubes, y que las clases conservadoras están tan escamadas, que no las pueden tranquilizar todos los discursos que hagan los Echegaray y Ruiz Zorrilla, y los Martos y Figuerolas, y mas debes temer la antipatia de esas clases que te hacen la guerra silenciosamente, que á los jacarandosos republicanos que se echan á la calle y les echas encima la artilleria y la caballeria.

Estas y otras muchas reflexiones debiera hacerse V. E. y luego salir un dia, sin decir nada á nadie, ir á las Córtes, como si tal cosa, y decir al amigo Rivero muy serio:

—Pido la palabra.

—¿Para qué? puede que dijera Rivero.

—Para lo que me dá la gana.

Y luego enjaretar un discurso por este estilo:

—Señores, para servir á V. SS. Han de saber V. SS. que el país nos está mirando con lástima y con asombro, al ver que no hacemos nada, que no sabemos qué hacer, y que esto no lleva trazas de entrar en caja; y la verdad es, señores, seamos francos, que el país tiene razon que le sobra. Conque, basta de bromita, caballeros, y oigan Vds. mi plan:—En primer lugar, Figuerola es muy amigo mio, yo le quiero mucho, y un duro que tenga lo partiré con él, pero lo que es ministro de Hacienda no puede ser, lo conozco, no puede ser, y yo le ruego que presente la dimision por motivos de salud. El consolidado está á 23, los cupones se pagan en Madrid y en provincias nó; las pagas se dan con mil trabajos en Madrid, y en provincias viven las clases pasivas y el clero en un atraso tal, que no pueden creer en nuestro progreso, y todo me hace creer que si no vamos á la bancarrota, no sé adónde iremos, pero de fijo no es á cosa buena. Así, pues, basta de Figuerola, que es lo mismo que decir: basta de matemáticas. El minis-

terio de Hacienda se vá á proveer por oposicion. Aquel que presente el plan mas sencillo, mas económico, mas razonable, y se comprometa con la garantía de su cabeza á cumplir lo que haya prometido, aquel será el agraciado. Entre los hombres de ciencia, de práctica industrial ó comercial, y de verdadero patriotismo que hay en España, que no pertenecen á los partidos políticos, no faltará un buen administrador de la Hacienda española.

Mi compañero Ruiz Zorrilla es un buen chico, un poco aturrido, eso sí, pero no tiene él la culpa, sino la Tertulia progresista... De todos modos, ya me he convencido de que no sirve para ministro de Gracia y Justicia, porque para ese cargo se necesita mas formalidad, hombre, mas formalidad; y en fin, se necesita no ser progresista. Así, pues, mi amigo Zorrilla se queda á pié hoy mismo, porque el coche que usa, como los de todos los demás, se sumprime por artículo de lujo, y buscaré para ministro de Gracia y Justicia un hombre de gran saber, de gran respetabilidad, etc., etcétera.

Señores, confieso á V. SS. que mi amigo Echegaray me sedujo con aquel discurso que hizo acerca del quemadero, en que habló de trenzas incombustibles y de otros fenómenos, propios solo de la acalorada fantasía de un libre-cambista; y por aquel discurso, parece mentira, le hice ministro de Fomento. Señores, fué mal hecho, y lo confieso y me arrepiento. Este distinguido compañero y amigo mio necesita todo su tiempo para seguir buscando curiosidades como las que halló en el quemadero, dejando atónitos á todos los químicos, físicos, pirotécnicos y sepultureros del universo entero, y por consiguiente desde hoy deja de ser ministro.

En fin, señores, aquí no vá á haber ya ministerio progresista, ni unionista, ni cosa que lo valga, sino ministerio de los hombres mas eminentes de España, y hago una escepcion en favor mio, que, á pesar de no ser eminente, seguiré en mi puesto, pero rodeado de personas que puedan y sepan dar al país en los diversos ramos de la administracion pública todo lo que el país necesita para su prosperidad. Yo siento mucho que estos jóvenes amables dejen de ser ministros, porque sé que ya le han tomado gusto á la breva, pero señores, es preciso; si quieren servir al Estado en otros destinos, no me opongo, y pueden contar con empleos de 14 ó 16.000 rs. que es lo que merecen, si hemos de hablar claro, pero ministros... solo, en este desbarajuste en que nos hallamos, han podido entrar esos apreciables jóvenes á dirigir un país.

Ahora debo hablar de mí, que tambien merezco una fuerte reprimenda, pero disculpeme la franqueza con que reconozco mis errores. Hé hecho mal en hacer coroneles y brigadieres de paisanos; mal en dar ascensos sin medida á los militares progresistas; mal en otras muchas cosas, pero... en fin, no lo volveré á hacer. Tampoco volveré á ponerme una casa con tanto lujo como la que me he puesto en el ministerio de la Guerra, que es verdaderamente régia, y ya tendrán V. SS. ocasion de verla cuando vayan á visitarme, ya que los convites que he venido dando hasta aquí, cesan desde ahora, porque quisiera ser el primero en dar ejemplo de modestia, y por que la gente que se muere de hambre hoy en España, —y es mucha, —hace tristes reflexiones cuando sabe que los gobernantes gastan en banquetes enormes cantidades.

Señores, vá á acabar el año 1869 y á empezar el 1870. Año nuevo, vida nueva. Aquí todo el mundo vá á andar derecho, y yo el primero. El que quiera alterar el orden vá á llevar palos, y no vá á lograr indulto; el empleado vá á ser inteligente y probo, y el que no lo sea, aunque me lo haya recomendado el mismísimo Preste Juan de las Indias se irá á su casa; se acabaron ya los méritos de barricadas y otras barbaridades; se acabó tambien la costumbre de dar empleos á los diputados; es decir, que aquí vá á haber gobierno y gobierno y gobierno, y se vá á poner todo al pelo. Conque, señores, he dicho y me quedo corto.

Basta de juego, basta de empleos y grandes cruces y ascensos y disparates.

Aquí veo que cada cual vá á su negocio, y el negocio que hemos de procurar no es el particular de cada uno, sino el del país, que es el que nos mantiene, nos sostiene y nos conviene.

## LA HERENCIA DE UN CÓMICO.

POR

### PONSON DU TERRAIL.

(Conclusion.)

—Completamente.

—¡Y bien! mi buen doctor, desde que he vuelto á la razon, soy el hombre mas feliz del mundo. Eva viene á verme todos los dias... Venid... asomados á la ventana... ¿la veis? su caballo devora el espacio.

—Sí, la veo, ¿se acerca!

Y el doctor seguia con su diabólica sonrisa.

—Viene á verme, continúa Samuel, no cesa de amarme.

—¿Y vos?

—Yo, yo la amo hoy dia.

—¿De veras?

—A fé de Samuel.

—¿Pensais siempre en hacerla vuestra amante?

—Estais loco, doctor; haré de ella mi mujer, me casaré con ella.

—¡Bah!

—Os lo juro.

Una imperceptible sonrisa rodó por los labios del enigmático doctor.

Pero Samuel no la advirtió.

Samuel se lanzó fuera de la habitacion; bajó la escalera corriendo; y voló al encuentro de Eva.

La joven amazona ha franqueado las puertas de la ciudad. Se apea de su caballo, y Samuel, recogéndola en sus brazos estampa en su frente un casto beso.

—¿Cómo estais hoy, amigo mio? le preguntó la joven.

—Tengo la gloria en el corazon, respondió el ex-rey de los estudiantes de Heidelberg.

Progresistas; yo os quiero mucho, pero hasta cierto punto.» Y despues de este discurso, Excmo. Señor, despues de este golpe de Estado, no le quedaba ya que hacer á V. E. mas que gobernar bien, que, por si V. E. no lo sabe, debo decirle que gobernar bien consiste en todo lo contrario que está haciendo V. E. en muchos casos.

Todos queremos la libertad, todos queremos la soberanía nacional, pero, amigo, sin orden, sin administracion, sin inteligencia, sin equidad, sin justicia, ni hay libertad, ni hay soberanía nacional, ni hay otra cosa que unos cuantos amigos que cobran muy bien, que se dan mucho lustre, que lo embarullan todo, y que nos ponen á cada paso en un peligro, y que hacen que las naciones extranjeras nos miren con la lástima con que se mira á un muchacho mal criado, de quien no se puede hacer carrera, y que vá derecho á su perdicion.

Y con esto no me canso mas, mi general, que ya sé yo que á V. E. le importa tres pitos lo que yo le diga, y que esto que hago es como predicar en desierto.

Siga lo cosa como vá y todos tendremos que sentir, y que tuvieran que sentir V. E. y los suyos podria ser lógico hasta cierto punto, pero lo gracioso será que tambien tendremos que sentir los demás, sin comerlo ni beberlo.

Dispense V. E. este desahogo y los que vendrán despues, á quien ni conspira, ni le estorba á V. E., ni le pide empleos, ni siquiera ha sacado de la revolucion un gobierno de provincia, ó unos galones, ó pagas atrasadas.

Se me olvidaba decir á V. E. que la candidatura de Génova no cuela, aunque eso ya lo sabrá V. E. mejor que yo.

## CONVERSACION.

—Oigasté, mi primero, aunque sea mal preguntao... ahora se puede entrar en el ejército de capitán *inclusivie* hasta coroner?... —¿Qué es lo que estás diciendo?... —Ná, lo que igo, porque si se puede entrar con el grado de *comendante*, pongo por caso, no sé yo por qué á mí me han hecho entrar de *sordao* raso. ¿Qué dice V. de esto, mi primero?... —Que si te pones á hacer esas *reflexiones* te puede caer *argo* encima.

—Pues *miroste*, mi primero, lo que yo igo lo *ice* *tó* *er* batallon, y no crea *osté*, pero tambien lo *ice* la *oficialidá* que ha *entrao* por sus pasos *contaos*.

—¿Tambien *osté*?... es claro, toda *presona* *rigular*...

—Pero tú no debes decir nada, porque un soldado no tiene que tener opinion politica ni *filosofía*, ni otras garantías.

—Pues *miroste*, yo no me puedo callar viendo *ar* capitán Trabili, que es de mi pueblo, y *er* año *pasao*, cuando yo estuve allí con *lisensia* *temporá*, era un *zimpre* *paizano*, mas mala cabeza... siempre *melio* en jaranas, y en fin, que yo no queria *ajuntarme* con *ér*... con que no digo mas... y ahora es mi capitán, y tengo que hacerle el *saluo*... lo que es *er* bien *maconosio*, pero *desemula*...

Conque *digasté*, mi primero, ¿cómo se puede ser capitán ó *comendante* ó *coroner* sin haber sido antes *tó* lo que es *rigular*?...

—Porque... eso consiste en la política... Tú no eres político...

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—Mira, lo que es eso... Puede que yo me haga político, porque ya ves lo que ha *sudío* el cabo Gaita, aquel que en el cuartel de San Gil...

—¿Toma! y *er* sargento Balarasa... y *er* cabo Cureña...

—Y todos los que se han metido en el belén.

—Pues, mi primero, cuente V. conmigo *pa* *loitas* las políticas que quiera, porque... ¿á qué está uno?... á salir de *sordao*, y á hacerse uno hombre, aunque me esté mal el *desirlo*, que yo no soy *avarisioso*, pero, amigo, uno *vé* *ezos* *ejemplares* y le dan á uno *ganaz* de cualquier *barbaridá*, y *osté* perdona la *moa* de señalar.

—¿Y *osté*, mi primero?...

—D. Alejo, ¿se acuerda V. de Juan Palitroque?... —Sí, hombre, sí... ¿Se ha muerto en el Hospital?... —No, señor. —¿Ha ido á presidio? —No, señor, no. —Pues es extraño, porque con la vida que llevaba... —¿Ya se acuerda V. de lo jugador que era? —¡Oh! como que jugó cuanto habia en su casa. ¿Y su mujer? —¡Toma! la abandonó con dos hijos... y en Madrid, presentándose como soltero en una casa honrada, abusó de la inocencia de una joven...

—¿Qué barbaro! —Luego tuvo que marcharse de Madrid, porque los acreedores no le dejaban vivir, y porque no sé qué resultaba contra él en una causa...

—¿Es una alhaja! ¡cuántas penas dió á su pobre familia! —Como que hizo la ruina de la casa. Pues bien, lea V. lo que dice este periódico.

—A ver:—El señor D. Juan Palitroque, inteligente, activo y probo liberal de toda su vida, ha sido nombrado para la provincia de... administrador de... Damos la enhorabuena al gobierno por un nombramiento que recae en un excelente padre de familia, hombre de una probidad y una rectitud nunca desmentidas, y liberal de los mas entusiastas... —¡Basta, basta! no quiero leer mas.

—¿Qué le parece á V?... —Que está muy bien.

—¿Y V. empleado de tantos años, cesante!

—¡Ah! ¿y cómo quieren Vds. comparar mis méritos?... Yo soy un infeliz, un ciudadano pacífico, un empleado trabajador, en fin, un hombre de bien de lo mas vulgar que se conoce.

—Es verdad.

—Pero dime, Gertrudis, ¿cómo no te casas teniendo tantos admiradores, siendo tan hermosa, y tan buena, y sabiendo tantas habilidades como cantar, tocar el piano, bordar y otros mil primores?...

—Hija mia, ya he perdido la esperanza de casarme.

—Pero mujer...

—Y mas te diré, que, aunque haya quien quiera casarse conmigo, no accederé á ello.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacer desgraciado á nadie.

—Pero muchacha, ¿estás loca?... Tu harías feliz al hombre que te amase.

—No hija, no; será una preocupacion, pero como pertenezco á la clase que mas mala suerte tiene en España, me parece que esta mala suerte de mi clase habia de contagiarse á mi esposo tambien.

—No te entiendo.

—Es muy sencillo; ¿conoces tu una mala suerte tan mala como la de las clases pasivas de Palacio?

—Es verdad, es la mas desgraciada.

—Pues esa es la mia; yo, como sabes, cobraba horfandad... No, no quiero unir á nadie á mi mala suerte.

—Seña Rita, ¿y el pariente?

—Trabajando, seña Ramona.

—¡Hola! ¿se ha enmendado ya el hombre?...

—Sí, señora, desde que se cerró el club, ya es otro hombre, y trabaja, que buena falta nos hacia, porque llevábamos un año...

—Mucho dure, seña Rita, pero ahora dicen que van á empezar los clubs con mas furor.

—¡Ay! ¡Dios mio!

—Sí señora, dicen que es una cosa muy precisa.

—Pues entonces si que mi marido se me vá á volver á echar á perder. Estaba ya tan tranquilo y tan razonable... ¡Jesús! seña Ramona, tengo una gana de que se acabe este jaleo...

—Seña Rita, ¿y el pariente?

—Trabajando, seña Ramona.

—¡Hola! ¿se ha enmendado ya el hombre?...

—Sí, señora, desde que se cerró el club, ya es otro hombre, y trabaja, que buena falta nos hacia, porque llevábamos un año...

—Mucho dure, seña Rita, pero ahora dicen que van á empezar los clubs con mas furor.

—¡Ay! ¡Dios mio!

—Sí señora, dicen que es una cosa muy precisa.

—Pues entonces si que mi marido se me vá á volver á echar á perder. Estaba ya tan tranquilo y tan razonable... ¡Jesús! seña Ramona, tengo una gana de que se acabe este jaleo...

—Seña Rita, ¿y el pariente?

—Trabajando, seña Ramona.

—¡Hola! ¿se ha enmendado ya el hombre?...

—Sí, señora, desde que se cerró el club, ya es otro hombre, y trabaja, que buena falta nos hacia, porque llevábamos un año...

—Mucho dure, seña Rita

—Lo que es á los *prodes* no les ha probado bien el gobierno de Prim.

—¡Calle V! aquí ningún gobierno prueba bien, mas que al mismo gobierno, y á los que le andan al retortero.

—¿Qué hay de rey, don Camilo?

—¿Qué ha de haber? Nada.

—¿Y el de Génova?

—No hay novedad; la mamá no quiere.

—¡Jesús! parece que el mismo enemigo inspira á los hombres de la situación.

—Ni mas ni menos.

—Hicieron que el de Portugal nos diera un sofion, y ahora van á hacer que un chicuelo nos dé otro.

—Si señor; los progresistas no se portan menos.

—Funesta ceguera la de estos hombres, que pudiendo haber dado orden, prosperidad y decoro á España, la han puesto en esta situación tan triste.

—La opinion pública se ha manifestado bien claramente contra las soluciones de los progresistas, y sin embargo, ellos, que se precian de liberales, empeñados en ir por un camino torcido.

—Yo no los culpo; culpo á los unionistas, que habiendo sido los que hicieron la revolucion, no la hicieron con su política y su solución á despecho de los progresistas.

—¿Y qué puede hacerse ahora?

—No lo sé; todos han perdido la fuerza; el gobierno no la tiene, despues de tantos y tantos desaciertos: los partidos contrarios tampoco la tienen para derribar al gobierno, y no es fácil por consiguiente adivinar la solución que vá á tener esto.

—Continuará la interinidad.

—Y continuarán los motines, las insurrecciones, y el país consumirá sus fuerzas, su sangre... ¡Ciegos es preciso que estén los hombres del gobierno y sus amigos para no ver que á todos nos llevan al abismo, y tremenda responsabilidad la suya que, pudiendo haber hecho el bien, se empeñan en seguir el camino contrario.

—Dios nos saque con bien de esta tremenda crisis...

—En él debemos confiar.

—¿Sabe V. lo que me indigna?

—No señor.

—Pues lo que me indigna es que ya empiezan á morder al general Caballero de Rodas algunos progresistas.

—Tiene V. razon. Ese general está haciendo en la isla de Cuba lo que nadie ha hecho, que es moralizar la administracion; y se necesita ser muy progresista para desconocer lo mucho que ha adelantado la pacificación de la isla desde que está allí ese general, á quien se quiso alejar de la península porque... porque no es progresista, y porque no es progresista se le quiere ahora desprestigiar, al ver que gana simpatías y gloria allí donde sin duda se creyó que iba á estrellarse.

—¿Y qué falta nos hace aquí ese caballero Caballero!

—Ya lo creo, pero no hay que sentir que esté en Cuba, porque gracias á él, la administracion pública será lo que debe ser y se acabará aquella desastrosa guerra, y España mantendrá su integridad y su decoro.

—Dios le conserve la vida, que generales y hombres políticos como Caballero de Rodas no se encuentran tan fácilmente.

—No creen eso los progresistas.

—Ellos pueden creer lo que quieran, y yo lo que me dé la gana.

## A UN NIÑO DORMIDO.

¡Duerme tranquilo, inocente,  
En el materno regazo,  
Y deja que admire atenta  
Tu delicioso descanso!

vasta sala que en otros tiempos se habia llamado la sala de los cruzados.

El doctor habia hecho su *toilette* ó su traje, todo nuevo, tenia una flor en un ojal de la levita.

La flor en el ojal, en casa de los alemanes, es la expresion de una gran felicidad.

Samuel estaba en traje de baile.

En Francia, en donde no se respeta nada, se hubiera dicho que estaba en *traje de sentenciado*.

En efecto, Samuel iba á casarse.

¡Sin palidecer y sin temor ninguno! Su corazon latia con regularidad y su rostro estaba tranquilo; vestia de negro y corbata blanca como un notario. El antiguo rey de los estudiantes, el amante de Raquel de M... la condesa del corazon de tigre, el hombre impio, Samuel el ateo, en fin, iba á lanzarse en esa aventura que se llama el matrimonio.

Y el escéptico doctor le decia, riéndose siempre.

—Así pues, ¿no echais de menos nada?

—Nada, doctor.

—¿Ni Debora?... ¿ni Raquel?... ¿ni París?...

—¡Nada! ¡nada! ¡nada!

Y hablando así, Samuel palideció. Su voz se alteró, su frente se arrugó, y sus ojos se entristecieron.

—¿Qué tenéis? le preguntó el doctor.

—Pienso en mi padre.

—¡Ah!

—¡Pobre hombre! dijo Samuel, si viviera todavía...

El doctor se enjugó una lágrima, y dijo á media voz:

—Hé aquí una buena ocasion de romper las cadenas, es decir, de variar de conversacion.

—Teneis razon, doctor, dijo Samuel. No nos entristezcamos en este dia de felicidad.

—*Amen*, respondió el doctor.

—¿El contrato está corriente?

¡Cuál brilla la frente pura  
Entre los rizos dorados,  
Que en leves ondas descienden  
A tu cuello de alabastro!

Pende con dulce abandono  
A un lado tu diestra mano,  
Y la otra de la mejilla  
El peso sostiene blando.

Cual flor preciosa, tu pecho  
Desciende aliento balsámico,  
Mientras que dulce sonrisa  
Mueve el carmin de tus labios.

Tal vez sueñas de tu madre  
Recibir el beso caro...  
Tal vez á un ángel contempla,  
Y escuchas célicos cantos.

¡Duerme, duerme, pobre niño,  
De la inocencia en los brazos;  
Que á robarte tal ventura  
Se apresta el tiempo tirano.

Vuelan rápidos los dias,  
Veloces huyen los años,  
Llevándose ¡ay! para siempre  
Nuestros ensueños galanos.

Ese purísimo seno,  
—Cuyo cútis nacarado  
Levanta latir suave,  
Y brilla cual limpio lago,—

Del viento de las pasiones  
Será bien presto agitado,  
Y sus olas turbulentas  
En tí mismo harán su estrago.

Entonces ¡ay! tan tranquilo  
No será, no, tu descanso,  
Ni esa sonrisa apacible  
Te prestará nuevo encanto.

Entonces ¡ay! los delirios  
Del amor, los sobresaltos  
De los celos, los afanes  
De la ambicion, siempre insanos,

Serán los ángeles puros  
Que velarán á tu lado,  
Reproduciendo en tus sueños  
De tu existencia los cuadros.

Hasta que, al fin, á tu vista  
—Cubierto con velo opaco—  
Se eclipsará la esperanza,  
Luciendo atroz desengaño.

Y del sueño perdurable  
La triste calma anhelando,  
Ya en la copa de la vida  
Sólo hallarás dejo amargo.

Mas ¡silencio! no se aleje,  
Por tan funebres presagios,  
El ángel que ves hermoso  
Arrullarte con sus cánticos

¡Duerme, si, pobre inocente!  
Prolonga tu sueño grato,  
Y conserva esa sonrisa  
Que está tu madre adorando.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

—Sí.

—¿Quién le redacta?

—El notario de Kurbstein. Es un nuevo funcionario que no conoceis.

—¿A qué hora debemos firmar?

—Al momento.

Y al decir estas palabras, el doctor se convierte en director de escena.

Tira del cordón de una campanilla y la decoracion cambia á su vista.

Es decir, que las puertas se abrieron, y que dos criados trajeron una mesa sobre la cual habia dos candelabros cerca de una carterita de tafete negro.

La carterita del notario.

Al mismo tiempo las puertas laterales se abrieron, y Eva entró por un lado dando la mano á su tia.

Por el otro, aparecieron Franz, Fritz y Goliat; detras de ellos, con los ojos bajos, marchaba humildemente la hermana de la carterita.

Todos se aproximaron á la mesa.

—¿En dónde está el notario? preguntó Samuel.

—Héle aquí, respondió el doctor.

Una tercera puerta se abrió de las cinco que tenia la sala de los cruzados.

Y por esta tercera puerta un hombre grave entró.

## XIII.

Este hombre, con la cabeza calva, y de mirar bondadoso, arrojó un grito á Samuel, el último grito de esta historia:

—¡Mi padre!

Y el viejo Kloss avanzó hácia él, le tendió la mano y le dijo:

—Cuando se ha representado la comedia durante treinta años,

## CASCABELES.

—¿Ha leído V. el manifiesto republicano?

—Si señor, aunque no lo necesitaba, porque en eso de manifiestos republicanos ya se ha visto lo que son en Tarragona, en Valls y en el descarrilamiento en Andalucía, etc., etc.

Van á volverse á abrir los clubs rojos del Terror, de la Muerte y de todos los nombres espantables y terroríficos.

Es decir, que pueden Vds. calcular que dentro de dos ó tres meses volverán á empezar los tiritos.

Y así va viviendo el gobierno; cuando la opinion pública unánime, á escepcion de los empleados, se pronuncia contra él, suelta á los republicanos para que el temor de la reproducción de escenas como las que ya se han visto, distraiga á la gente y la decida á apoyar al gobierno para conservar el orden, que no se conserva por supuesto.

¡Bonita situación y bonito gobierno!

La fuerza del ejército para 1870 se fija en 80.000 hombres. Por supuesto que los progresistas siempre ofrecieron reducir el ejército.

Parece que, en efecto, los carlistas van á dar otra embestida.

¡Qué patriotas!

Pero Señor, ¿cuándo llega el dia de que las gentes sensatas que viven ajenas á los partidos y sufren las barbaridades de los unos y los otros, se levanten á dar una gran paliza á los otros y á los unos?

La solución de la charada del número anterior es *príncipe*, si ustedes lo consienten.

Dicen que hay cuarenta mil fusiles para los carlistas.

Pues señor, no se reirán poco de los políticos españoles los fabricantes de armas.

Por supuesto que de los cuarenta mil me parece á mi que podrán sobrar bastantes, á no ser que cada carlista lleve mas de uno.

Tambien los republicanos tienen bastantes fusiles.

¡Oh! deliciosa situación la de los hombres trabajadores y de orden, entre los que no se reparten fusiles! Por cualquier parte por donde quieran salir son contra ellos los fusiles de los carlistas, los de los republicanos, los del gobierno y todos!

Está asegurada la paga de Navidad.

¡Oh! ¡gobierno magnánimo!

Demasiado sabe que el primer mes que no dé la paga, se viene al suelo con estrépito y ruina.

Es un gobierno este que no tiene mas apoyo real que este anuncio en la *Gaceta*:

«El dia tantos se abre el pago... etc.»

El mes que falte este anuncio, se acabó todo.

Y al paso que vamos, sucederá, sucederá.

¿Me quieren Vds. decir qué demonios han hecho estas Cortes para arreglar la cuestion de Hacienda, que es la mas grave de todas?

No han hecho absolutamente nada.

Progresista habia de ser la situación en que ni se discuten presupuestos, ni se cuida nadie de la Hacienda, y el ministro hace lo que se le antoja.

se puede muy bien representarla por última vez, aun despues de haberse retirado. ¡Es un modo de lograr un beneficio!

Samuel se puso de rodillas, y el doctor pasó de nuevo por sus ojos la manga de su levita, secándose una lágrima.

## EPÍLOGO.

CARTA DEL DOCTOR AL AUTOR.

«Caballero:

»Acabo de leer las pruebas de *La Herencia de un cósmico*, que habeis tenido á bien remitirme y me apresuro á darle á V. las gracias.

»Habeis dejado en bosquejo la definicion de mi personalidad y de mi carácter.

»Gracias á vos no se sabrá jamás si he sido realmente un escéptico, un filósofo, ó bien el vulgar cómplice del viejo actor Kloss.

»Os repito las gracias.

»En el siglo en que vivimos, es permitido dejar al vicio triunfar de la virtud durante las tres cuartas partes de un volumen ó los nueve primeros cuadros de una comedia, para que al fin el vicio sea castigado y la virtud recompensada.

Vos habeis estado obligado á hacer lo que todo el mundo.

Os doy gracias por última vez; y puesto que me habeis hecho héroe de novela, dejadme esperar que me resucitareis uno de estos dias en compañía de Singleton y de la condesa M..., que se adorarán, pero que no han tenido hasta el presente el mal gusto de casarse é introducir la nariz de la municipalidad en sus sentimentales asuntos.

»Vuestro reconocido héroe,

»EL DOCTOR.»

